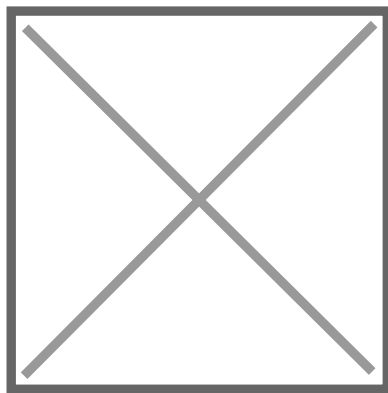




TIRO AL BLANCO

La literatura es una industria sujeta a las mismas leyes estadísticas que rigen el cine y la música, lo cual significa que el 99 % de su producción no vale un comino.

El infierno literario

Fernando Villegas

A primera vista podría parecer incomprensible que un conocido escritor haya vertido -el domingo pasado- un torrente de tinta, gastado la mitad de una página y anestado los mejores sarcasmos de su repertorio sólo para zaherir un libro consistente en una colección de chismes que ni el propio autor ni los lectores habían tomado por otra cosa que como un divertimento de verano, sin otro objeto que entretener por un par de horas de lectura casual de estos últimos y empujar la situación financiera de aquí.

Pero la sorpresa porque dicho crítico se haya molestado en poner en funcionamiento un martillo pilón en el embravecido vapor por la furia sólo para cascar una nuez, está fuera de lugar. No es sorprendente porque de todos los asuntos a que puedan dedicarse los seres humanos difícilmente hay alguno más proclive a generar odiosidades terribles, inexorables y vitalicias, como el ejercicio de las letras.

El furor literario es peor y está más difundido que el odio teológico, al cual en estos tiempos sólo se dedican los fundamentalistas islámicos. Aun en la época en que las disputas doctrinarias en materia de religión terminaban con una condena a la hoguera, al menos estaba implícito un interés en cero por la salud espiritual del condenado. El imprudente detestaba el error del hereje, no al hereje. Precisamente por eso se lo quemaba, para que, purificado de sus desviaciones, alcanzara la salvación. Difícil encontrar en estos días ciudadanos tan consecuentes en su preocupación por el bienestar de los demás.

En cambio, los literatos, aunque respeten el cuerpo ajeno y disimulen sus sentimientos, quisieran la aniquilación espiritual del escribano rival, deseaban que no hubiera nacido, lo desprecian con ira salvaje y escupitan sobre sus escritos. En fin, aborrecen con el desenfreno limitado de un creador de universos en combate con un Dios rival.

Esa es la razón básica, pero hay otras más banales que también explican la escasa simpatía mutua de esta gente y la propensión que

tienen que desestimar si la ocasión lo permite. Algunas de ellas son ejemplificadas por el caso que ahora nos ocupa. Por de pronto, el éxito: el libro flagelado ha vendido más de seis mil ejemplares a la fecha, lo cual es de por sí un pecado imperdonable. En Chile se considera best seller un título que logra vender dos o tres mil ejemplares al cabo de un año, lo cual equivale a un cheque a favor del autor de entre uno a dos millones de pesos.

Rara vez los escritores profesionales atiendan con tales batallas y ciertamente no puede ser grato que un periodista dedicado a corregir principios y primicias se embolsique en un mes el doble de esa cifra.

Y luego eso, que no sea un profesional de oficio, sino un entrometido. Pese a la imagen popular del escritor como lobo solitario que mantiene a todo el mundo a raya, el ambiente literario es tanto o más gregario que el de cualquier otra especialidad.

Los escritores tienen sociedad gremial, cenáculos, grupos y bandos y una rigurosa jerarquía de estrellas y planetas (estos últimos son los que pagan las cuentas en los almuerzos y los cócteles), además de aglutinarse en sectas de escritores jóvenes, novísimos, promisorios, maduros, probados, malditos y premiados.

Se trata de un mundo ordenado donde cada cual sabe a qué atenerse y ofrece una carrera funcionaria por méritos y antigüedad: el novicio empieza como acólito de alguna vaca sagrada, asiste a su taller literario, imita y halaga descaradamente al Gran Hombre, obtiene su favor y buena voluntad, conoce a sus contactos y al fin llega el día en que accede a ese momento de gloria eterna: el lanzamiento.

¿Cómo tolerar entonces que haya, que existan, que tengan derecho a la vida estos

aparecidos sin currículum que además de lucrar instantáneamente, manifiestan el más olímpico desdén por las preocupaciones ver-sallescas del estilo?

Las piernas de Mariana no es por cierto un trabajo destinado a perdurar en las antologías y su vigencia corre en estricto paralelo al cambio estacional del otoño, pero tampoco de perenne vigencia en la inmensa mayoría de las obras poéticas, científicas y novelísticas de los llamados y autoconsiderados autores serios de este país. La literatura es una industria sujeta a las mismas leyes estadísticas que rigen el cine y la música, lo cual significa que el 99 % de su producción no vale un comino y/o (casi lo mismo) está prefabricada para el consumo de acuerdo al estilo de la moda.

Y así, novelitas en estilo rock, poemas en onda parriana, antologías de entrevistas transnochadas, denuncias políticas, realismo mágico al carbónico, epopeyas de bebedores y de falsos lingüistas (en este país de curados se han escrito cientos de novelas y cuentos ambientados en bares y barrios bajos y aún quedan plumíferos convencidos que deben agregar sus propias fantasías al respecto) siguen brotando a mares de las incansables imprentas de la industria editorial, la que al parecer ha descubierto que en un país donde nadie lee la paradójica receta de la supervivencia consiste no en publicar menos sino más, a cataratas, a medida de los gustos del minuto y de las noticias del momento.

Por ello, el autor tan duramente fastidiado no se distingue de los otros literarios más que en la mayor habilidad y resonancia de sus piruetas publicitarias y del grado de interés que suscitó el tema de su libro: en sus ansias por aparecer, en su afán por hacer lo que no

estén haciendo todos los demás, salvo los que ya alcanzaron el nivel de la consagración (Donoso, Droguett, Edwards, Blanco, Skarmeta, etc.) y pueden darse el lujo de prescindir de bufonadas. Todo eso salta a la vista, pero me temo que muy a menudo los críticos, por obra de una propensión consolidada tras años de agresión impune y una cierta matonería derivada del peso e influencia del medio en que trabajan, se han acostumbrado a evacuar elegantemente sus opiniones, al modo brutal e irreflexivo con que esas señoras antiguas vaciaban el orinal sobre las cabezas de los transeúntes.

Son muy pocas las cosas dignas de nota en este mundo y la labor del crítico debiera ser indicarlas, olvidando las otras. Ensalzar-se en estas últimas es inútil, odioso y de mal gusto. □



El infierno literario [artículo] Fernando Villegas.

Libros y documentos

AUTORÍA

F.V.D.

FECHA DE PUBLICACIÓN

1993

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El infierno literario [artículo] Fernando Villegas.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile